

¿QUIEREN OÍR UN CUENTO?

CUENTOS PARA ENCUENTROS DE CATEQUESIS



ARIEL OSVALDO GLASER



Ariel Osvaldo Glaser

¿Quieren oír un cuento? - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur, 2016.

56 p. 17x24 cm.

ISBN 978-987-740-167-7

1. Cuentos Infantiles. 2. Religión . I. Título.

CDD 863.9282

Título: ¿Quieren oír un cuento?

Autor: Ariel Osvaldo Glaser

Edición: Marta Domínguez

Diseño: Mariela Camodeca

Ilustraciones: Bea Sevilla

© 2016, Ariel Osvaldo Glaser

© 2016, PPC Argentina S.A.

ISBN: 978-987-740-167-7

Primera edición: junio de 2016

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, 2º piso

C1022AAR - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Esta tirada de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de junio de 2016 en
FP Compañía Impresora S.A. - Beruti 1560 - Florida (1602) - Buenos Aires - Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

CUENTOS PARA ENCUENTROS DE CATEQUESIS

Hay cuentos que no tienen destinatarios de una edad definida, otros que, siendo para niños, hacen caer alguna que otra lagrimita al adulto que escucha, y otros que, siendo para adultos, con una sencilla adaptación se pueden trabajar en encuentros en los que participa toda la familia.

De todas estas experiencias con niños, jóvenes y adultos surgieron este puñado de cuentos que hoy dejo en tus manos para ser vivenciados, adaptados y recontados, con la impronta que, como catequista, desees agregarle. Para ello, al final de cada cuento aporto también algunas sugerencias:

- En la sección **Temas**, hago una pequeña lista de algunas ideas a las que se hace referencia o que se pueden abordar con él.
- Recuerdo también en **Pistas de acción** algunas experiencias que yo he tenido con ese relato y sugiero algunas propuestas para trabajar con él.
- A la vez, te acercaré una o más lecturas bíblicas que iluminen la situación presentada por el mismo en **Una lucecita**.

No quiero dejar de dar gracias a tantas caritas atentas, y a tantos padres y maestros que, al acercarme una situación de vida, dieron la chispa inicial para lo que vas a leer –y ojalá también contar– a continuación.

Ariel Osvaldo Glaser



MARQUITOS Y EL SILENCIO

Érase una vez un niño que vivía en las montañas de Vallequieto, junto a su familia. Se llamaba Marquitos.

Marquitos ayudaba a su mamá en los quehaceres de la casa y, cuando su padre y sus hermanos tenían que ausentarse por unos días para ir al pueblo a trabajar, se encargaba de llevar a pastar a las ovejas.

Un día, de esos tantos días en los que su única tarea era ocuparse de las ovejas, le planteó a su mamá lo siguiente:

Marquitos: ¡Mamá, me aburro!

Mamá: ¡Ay, Marquitos! ¿No probaste con cantar?

Marquitos: Sí, pero ya no me quedan más canciones.

Mamá: ¿Descubrir bichitos nuevos?

Marquitos: Ya no me quedan más bichitos por descubrir.

Mamá: Y... ¿hablar con Dios?

Marquitos: Vos me decís rezar...

Mamá: Sí, rezar... Pero escuchando cuando Dios te contesta.

Marquitos: ¿Dios me puede contestar? ¿Y cómo hace?

Mamá: ¡Ah! Eso lo tienes que descubrir solo.

Marquitos despertó al otro día tan entusiasmado que dejó a medio terminar su taza de café con leche. ¡Iba a hablar con Dios! Y eso hacía de su pensamiento un burbujear de ideas que iban y venían.

Marquitos: Voy a buscarlo en el cielo. ¡No! Mejor entre los bichitos del campo. ¡Ya sé! Le voy a preguntar a las ovejitas: ¡Ovejitas! ¿Cómo hago para hablar con

Dios? ¡Eh! ¿Por qué no me contestan? ¿Y si le pregunto a mi perrito? ¡Batuke! ¿Cómo hago para hablar con Dios? ¡Eh! ¿Tampoco me contestas?

Y hablando, hablando y hablando llegó a la orilla de la pequeña laguna de Vallequieto. Allí comenzó nuevamente su torbellino de palabras, pero esta vez dirigiéndose a Dios.

Marquitos: Padre nuestro, quiero hablar con vos porque me aburro tremendamente en la montaña y mi mamá me dijo que es posible hacerlo... Padre nuestro, quiero hablar con vos. ¿En dónde estás? Un, dos, tres, probando, probando, probando... Padre nuestro, si no puedo hablar con vos, permíteme que te vea en algún lado, porque mi mamá me dijo que estás en el cielo, en la tierra y en todo lugar.

De pronto, cuando se acercó a la laguna, vio en el agua reflejado el rostro de un niño (llegado a este punto, tengo que aclararles que Marquitos nunca había visto un espejo). Fue así que, un poco contento y un poco asustado, levantó su mano para saludar, ¡y la imagen hizo exactamente lo mismo!

Corrió a toda velocidad, dejando a su perrito Batuke la tarea de pastorear a las ovejas de regreso. Y así, llegando casi sin aliento a su casa, le contó con alegría a su mamá.

Marquitos: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Pude ver a Dios! ¡Pude ver a Dios!

La mamá, dejando de tender la ropa, se sentó para escucharlo, un poco extrañada y un poco asustada.

Mamá: ¿Cómo es eso? ¿Me lo podrías contar sin gritar tanto?

Marquitos: Sí, mamá. Todo fue así: Yo hablaba, hablaba y hablaba, hasta que en un momento me cansé y le dije a Dios que si no me contestaba, al menos me permitiera verlo. ¡Y así fue! Me puse a mirar atentamente las aguas del lago y lo vi. Tenía la cara de un niño pequeño. ¡Y encima me saludó!

La mamá se puso de pie y, con una sonrisa, lo llevó de la mano hacia el interior de la casa; allí lo subió a una silla y le mostró un pequeño espejo. El susto de Marquitos fue tan grande que casi se cae de la silla.

Marquitos: ¡Es Dios! ¡Y con la misma carita de niño que vi en la laguna!

Mamá: Ay, ay, ay, Marquitos, Marquitos. Lo que estás viendo es tu mismo rostro reflejado.

Marquitos, poniéndose un poco triste, preguntó:

Marquitos: ¿Entonces no vi a Dios? ¿Y cómo hago para hablar con él?

Mamá: ¿Por qué no piensas en su grandeza, en las cosas que creó, en toda la naturaleza?

Marquitos se levantó al otro día un poco más calmado pero, apenas salió, volvió a soltar de su boca un torrente de palabras y palabras, dirigidas a Dios, para que este le contestara:

Marquitos: Hola, querido Dios, te habla Marquitos, el que vive en las montañas de Vallequieto. ¿Me podrías contestar con alguna palabra, algún sonido, algo que me saque de este aburrimiento? Mi mamá me dijo que eres capaz de contestar a las oraciones, por eso es que me animo a hablarte. Un, dos, tres, probando, probando. Querido Dios. ¿Estás ahí?

Continuó hablando, hablando y hablando, hasta que llegó a la cima de una montaña. Una vez allí llenó de aire sus pulmones y le gritó a Dios con fuerza:

Marquitos: ¡Hola!

Sorprendido escuchó desde la montaña una voz lejana que decía repetidas veces: “¡Hola!, ¡Hola!, ¡Hola!”.

Su emoción ante la respuesta fue tan grande que gritó aún más fuerte.

Marquitos: ¡Eres muy bueno!

Y la voz respondió: “Bueno, bueno, bueno”.

Casi saltando de alegría, y con ganas de correr a contarle a su mamá, saludó:

Marquitos: ¡Adiós!

Y la voz repitió: “¡Adiós, adiós, adiós!”.

Como ustedes imaginarán, el recorrido de la montaña hasta la casa lo realizó a igual o mayor velocidad que la vez anterior. Una vez allí, desde la puerta, le dijo a su mamá:

Marquitos: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡He hablado con Dios! ¡He hablado con Dios! Le dije “Hola” y me dijo “Hola”, le dije “Eres muy bueno” y me respondió “Bueno”, le dije “Adiós” y me respondió “Adiós”.

Esta vez la mamá comprendió enseguida de qué se trataba, y trató de ser más dulce que antes con tal de no provocarle una gran decepción.

Mamá: Marquitos..., en realidad... lo que escuchaste fue tu propia voz, que hizo eco en las montañas.

Marquitos esta vez se puso sumamente triste, al punto del llanto. Por eso, su mamá, le dio una pista más para poder hablar con Dios.

Mamá: A ver, a ver. ¿Qué fue lo que hiciste durante estos días, por ejemplo, al salir de casa?

Marquitos: Le hablé a Dios.

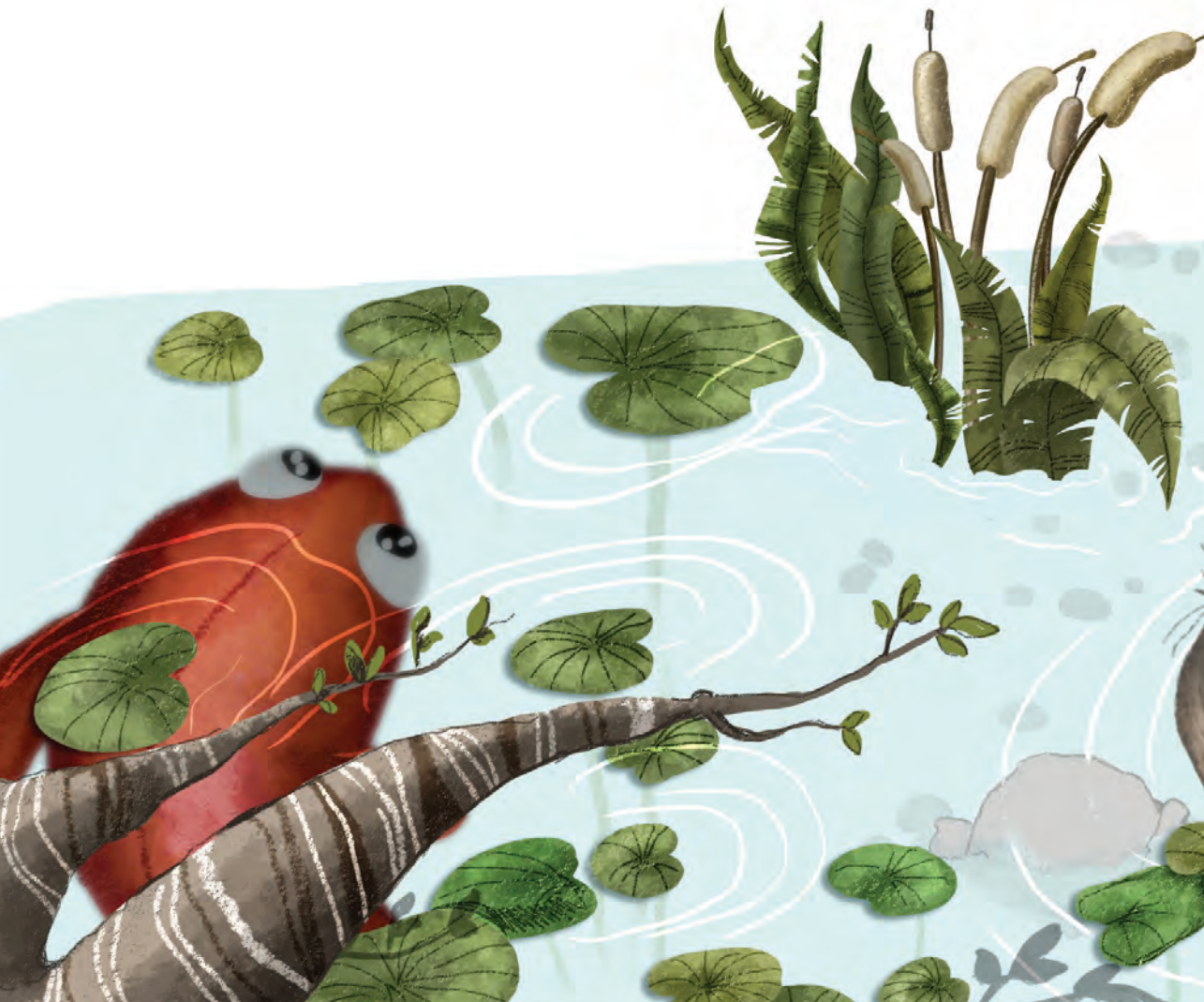
Mamá: ¿Y cuando estabas cerca del lago?

Marquitos: Le hablé a Dios.

Mamá: ¿Y cuando subiste a la montaña?

Marquitos: También le hablé a Dios.

Mamá: ¿Te das cuenta? Hablaste, hablaste y hablaste, pero no te quedaste un buen rato en silencio para escuchar. Y te digo más: cuando dejaste un ratito corto para ver o escuchar, te viste o te escuchaste a vos mismo.



Marquitos: ¿Y entonces?

Mamá: ¿Por qué no pruebas con el silencio?

Al otro día, Marquitos desayunó despacito y salió con las ovejas y su perro Baturke camino al lago. Una vez allí, vio su cara reflejada en el lago y sonrió. Caminó por el pasto, observó el lento recorrido de las nubes en el cielo y sintió cómo la fresca del viento le acariciaba su cara... Eso sí..., todo en silencio.

Una vez que llegó a la montaña, se sentó en canastita, puso las manos sobre su pecho y cerró los ojos. No sabemos qué le dijo Dios, pero lo que sí sabemos es lo que le contó a su mamá.

Marquitos: Mamá, hoy descubrí que Dios está presente en todos lados... ¿Y sabes qué? Él nos habla al corazón... cuando hacemos silencio.



Este cuento terminó... ¿Y a ti, qué te pareció?



Temas

El silencio, la oración, la búsqueda de Dios, la naturaleza, la escucha.



Pistas de acción

Era un grupo sumamente bullicioso al que le conté este cuento por primera vez. Es más, lo hice con pocas esperanzas de que me prestaran atención, pues frente a tanta tecnología circundante, una persona de carne y hueso sentada frente a ellos, era parte de una lucha desigual... aparentemente. Sin embargo, bastó con que dijera “¿Quieren oír un cuento?” para lograr un máximo de atención.

Y así vino el encuentro, el desafío, el animarse a realizar introducciones al silencio de un minuto o dos, hasta enviarlos a sentarse unos ratitos solos, unos cinco o diez minutos, según el grupo.

Maravilloso fue lo que expresaron en dibujos acerca del cuento o del momento de silencio. Tan maravilloso que nos llevó a dar gracias a Dios, cosa que hicimos con una sencilla celebración en la que los invitamos a hacer silencio para escuchar su Palabra.



Una lucecita

Para seguir trabajando con este cuento que nos invita a hacer silencio, no solo al momento de hacer oración sino cada vez que queremos escuchar a alguien, te propongo algunas lecturas de la Biblia:

- Salmo 131,1-2: Tranquilidad y silencio.
- Mateo 6,5-8: Actitud al rezar.

ÍNDICE

MARQUITOS Y EL SILENCIO.....	5
¡LA PELOTA ES MÍA!	11
¿Y A MÍ QUÉ ME IMPORTA?	15
EL CORAZÓN DE PIEDRA	
PARA PEQUEÑOS	19
PARA JÓVENES Y ADULTOS	23
LA CASITA DE MAILÍN	
PARTE I: UN ABRAZO DICE MUCHO	27
PARTE II: EL VALOR DE UN REGALO.....	31
VALLEQUIETO, EL PUEBLITO DEL ÁRBOL	
PARTE I: LOS PEREGRINOS DE LA MONTAÑA	35
PARTE II: EL SUSTO.....	39
HISTORIA DE UNA SEMILLA	43
LA REINA Y LA PRINCESA	
UN CUENTO CASI REAL.....	47
PERDIDO EN EL BARRO	51

